

sangre? ¿Sería presagio de algún trágico acontecimiento? Mi imaginación se perdía en las más tristes suposiciones.

Mi tío comenzaba á recobrar poco á poco sus fuerzas, gracias á lo benigno del tiempo, y cierta tarde le conduje al jardín para que aspirara el aire embalsamado; nos sentamos en un banco, y me dijo:

—Primo, hoy me parece tener más fuerzas que nunca, pero no me hago ilusiones sobre el porvenir; este restablecimiento se asemeja á las últimas y vivas claridades de una lámpara que está á punto de apagarse; pero antes de entregarme al último sueño, cuya proximidad espero con la calma del justo, debo cumplir un deber hacia ti. ¿Te acuerdas de nuestra permanencia en R...sitten?

Esta inesperada pregunta me causó una turbación inexplicable; y como el anciano lo notase, añadió sin darme tiempo para buscar una contestación:

—Primo, á no ser por mí, estarías en un abismo de desgracias, y para salvarte me fué preciso hacerte salir de R...sitten. Sobre los señores de ese castillo pesa una historia misteriosa, en la cual has estado á punto de mezclarte á causa de tu imprudencia. Ahora que el peligro ha pasado, escúchame, pues antes que la muerte nos separe quiero revelarte hechos muy extraños, y tal vez algún día halles ocasión de utilizarlos de ellos.

II

Durante una tempestuosa noche de 176... los habitantes del castillo de R...sitten despertaron sobresaltados por efecto de una sacudida semejante á la de un

terremoto; los servidores de aquella sombría mansión recorrieron con espanto las salas para buscar la causa, pero no vieron ninguna señal de destrucción; todo respiraba la calma secular en que dormía la antigua residencia de la familia R...sitten. Sólo el anciano mayordomo, Daniel, subió á la sala de los Caballeros, donde el barón Roderico de R. se retiraba todas las noches después de sus trabajos de alquimia, á los cuales se entregaba con ardimiento, y quedó mudo de terror ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Entre la puerta del cuarto de Roderico y la de otra habitación hallábase una tercera que conducía al último piso de la torre, á un pabellón que el castellano había mandado construir para practicar sus experimentos: al abrirla Daniel, una ráfaga de aire apagó la luz que llevaba en la mano, y algunos ladrillos, desprendiéndose del muro, cayeron en un abismo produciendo un ruido sordo.

—¡Misericordia! —exclamó Daniel arrodillándose— nuestro pobre amo ha muerto de una manera horrible...

Poco después, los criados, llorosos y afligidos, extraían el cadáver del desgraciado barón; se le vistió con su más rico traje y quedó expuesto en una capilla erigida en la sala de los Caballeros. Al practicarse un reconocimiento en el lugar de la catástrofe, reconocióse que la bóveda interior de la torre se había hundido; el peso de las piedras que formaban la base de aquella, bastó para abrir el suelo, y las vigas, arrasadas con la mayor violencia, rompieron la pared mediana, atravesando como flechas los pisos inferiores y abriendo en la oscuridad la puerta de la sala grande: no se podía ya poner el pie en la torre sin rodar al fondo de un abismo de treinta metros de profundidad.

El anciano barón había predicho el día de su muer-

te, anunciándole á su primogénito, á quien correspondía heredar el mayorazgo de R...sitten. El joven señor, que recibió en Viena el mensaje de su padre, púsose en camino al punto, y al llegar vió sus temores cruelmente confirmados.

—¡Pobre padre!—exclamó con voz entrecortada por los sollozos—pobre padre; el estudio de los misterios del mundo no ha podido darte la ciencia que prolonga la vida!

Después de los funerales del castellano, el joven barón quiso saber por boca de Daniel los detalles del hundimiento de la torre; y como el mayordomo le preguntase qué órdenes daría para proceder á las reparaciones necesarias, contestóle con voz airada:

—¡Jamás se hará ninguna! ¿Qué me importa á mí esta vetusta morada, donde mi padre gastaba en obras de brujería los tesoros que yo debía heredar? No creo que la bóveda de la torre se haya hundido por un accidente ordinario; mi padre ha sucumbido víctima de la explosión de esos malditos crisoles, donde se fundía mi fortuna. No daré ni un cuarto para agregar una sola piedra á esta triste mansión; prefiero concluir la casa de recreo que uno de mis abuelos comenzó en el valle.

—Pero ¿qué será de los antiguos y fieles servidores que tenían un refugio en este castillo?—preguntó Daniel.—¿Habrán de ir á pedir limosna?

—¡Qué me importa á mí!—replicó Wolfgang.—¿Qué tengo yo que ver con esos vejestorios? Daré á cada cual una gratificación proporcionada á sus años de servicios, y nada más.

—¡Ay de mí!—exclamó el mayordomo con voz lastimera.—¿Será preciso que á mi edad se me despida de esa casa donde pensaba que mis huesos descansarían en paz?

—¡Tunante!—gritó el joven heredero, amenazando

con el puño á Daniel.—¿Cómo te atreves á esperar de mí favor alguno? ¿Piensas que me dejaré engañar por tí, necio hipócrita, después de haber ayudado á mi padre en los sortilegios que agotaban día por día lo mejor de mi herencia, y que tú excitabas para halagar la avaricia de un anciano? ¿No debería yo, en justicia, mandar que te moliesen á palos?

Esas palabras hicieron temblar á Daniel, que se arrastró de rodillas hasta los pies de su nuevo señor; pero éste, sin compasión ninguna, hízole rodar por el suelo, descargándole un golpe en el pecho con el talón de la bota. El pobre Daniel profirió un grito ahogado como una fiera herida de muerte, y después se levantó, dirigiendo á su señor una mirada de odio, preñada de amenazas, sin recoger la bolsa llena de oro que el barón Wolfgang acababa de arrojarle á los pies como para compensar aquella violencia.

La primera diligencia del nuevo propietario de R...sitten fué compulsar, con ayuda de su jefe de justicia, el abogado V^{***}, mi tío, el estado de las rentas del mayorazgo; este examen demostró á V^{***} que el anciano barón no había podido gastar la suma total de las rentas de su dominio; y como sólo se encontraban entre sus papeles valores muy insignificantes en letras de cambio, dedújose que el dinero debía estar oculto en algún sitio, conocido sin duda del mayordomo, confidente del difunto. El barón Wolfgang refirió al abogado lo ocurrido con Daniel, manifestando el temor de que éste, deseoso de vengarse, no quisiera descubrir dónde estaban ocultos, probablemente, los ducados del anciano señor. El abogado, como hombre de buen sentido y legista hábil, de esos que saben hacer hablar, recomendó al joven heredero que no se inquietara, asegurándole que él se encargaría de interrogar al mayordomo. Sus primeras pruebas fueron infructuosas, pero al fin Daniel contestó con sarcástica sonrisa:

—Señor abogado, no creo que valga la pena guardar secreto por algunos miseros escudos: encontraréis una regular cantidad en un sótano que hay debajo de la alcoba de mi pobre amo; y además —añadió con siniestra mirada— sería preciso ir á buscar debajo de los escombros del torreón; apuesto á que allí hay oro suficiente para comprar toda una provincia...

Atendidas estas indicaciones, registróse el sótano en presencia de Daniel, y allí se encontró un cofre de hierro bastante grande, lleno de monedas de oro y plata, con un pergamino doblado sobre la tapa, en el cual se leía lo siguiente, escrito de puño y letra del anciano barón: «Aquel que heredare después de mi muerte el mayorazgo de R...sitten, recogerá aquí ciento cincuenta mil ducados. Es mi suprema voluntad que los destine á la construcción de un faro, cuyo foco brillará todas las noches para iluminar á los viajeros del lago. Este faro se elevará en el ángulo occidental del castillo, en lugar del torreón, que ya estará destruído.» Aquel singular testamento estaba firmado y legalizado con el sello del barón de R...sitten, y tenía la fecha de la noche de San Miguel, 176...

Después de contar los ducados, Wolfgang se volvió hacia Daniel y le dijo:

—Has sido un fiel servidor, y me arrepiento de mi violencia. En compensación continuarás en tus funciones de mayordomo, y según desees, tus restos reposarán en este castillo; pero entre tanto, si quieres oro, tómalo de aquí á manos llenas.

Daniel contestó sólo con un ronco gemido, que hizo estremecer á V*** sin saber por qué, pareciéndole que aquella voz quería decir en un lenguaje infernal: «¡No quiero tu oro, sino tu sangre!...» Wolfgang, deslumbrado por el tesoro que tenía á la vista, no había observado la expresión de Daniel cuando éste, con la cobardía de un perro castigado, se inclinó para besar

la mano á su señor y darle gracias por su bondad. Wolfgang cerró el cofre, guardóse la llave en el bolsillo, y salió del sótano, diciendo á Daniel:

—¿Sería, pues, tan difícil hallar los tesoros sepultados bajo los escombros del torreón?

Por toda respuesta, el mayordomo abrió la puerta de aquel, moviendo la cabeza; en el mismo instante, una ráfaga de aire helado lanzó en la sala una avalancha de nieve, y del abismo se elevó una lechuza que, después de dar algunas vueltas por la habitación, volvió á salir, profiriendo un grito lúgubre. El barón se adelantó hasta el borde del precipicio, y no pudo menos de estremecerse al sondear con la mirada su negra profundidad. El abogado, temiendo un vértigo, hizo retroceder á Wolfgang, mientras que Daniel se apresuraba á cerrar la puerta fatal, murmurando con tono lastimero:

—¡Ay, sí! ¡allí abajo están sepultados y rotos los instrumentos del maravilloso arte de mi buen amo, objetos todos de considerable valor!

—Pero ¿no has hablado de tesoros en dinero, de sumas considerables?—preguntó el barón.

—¡Oh!—repuso el mayordomo—yo me refería solamente á los telescopios, á las retortas y crisoles y á los cuartos de círculo, que habían costado considerables sumas... No sé nada más...

Fué imposible obtener del mayordomo otra respuesta.

El barón Wolfgang estaba muy contento por tener á su disposición las sumas necesarias para construir el nuevo castillo. Se llamó á varios arquitectos de nota para ejecutar los planos; pero como al señor del dominio no le agradase ninguno de los que le presentaron, resolvió trazar él mismo el croquis del elegante edificio que trataba de erigir.

Daniel parecía haber olvidado su resentimiento con-

tra Wolfgang, y conducíase con una reserva respetuosa.

Algún tiempo después, la tranquilidad de los habitantes de R...sitten se perturbó por la llegada de un nuevo personaje, Huberto, hermano menor de Wolfgang. Aquella inesperada visita produjo en el heredero del mayorazgo una singular impresión; rechazó los abrazos de su hermano y condújole violentamente á una habitación retirada, donde los dos estuvieron encerrados algunas horas. Después de aquella larga conferencia, Huberto salió con aire consternado y pidió su montura; pero en el instante en que iba á marchar, el abogado V***, pensando que aquel era el momento oportuno de restablecer para siempre la concordia entre dos hermanos, largo tiempo separados por disensiones de familia, rogó á Huberto que permaneciese algunas horas más en el castillo. El barón Wolfgang, que llegaba al mismo tiempo, agregó sus instancias á las de V***, diciendo á su hermano:

—Espero que muy pronto reflexionarás.

Estas palabras calmaron, al parecer, la agitación de Huberto, que consintió en quedarse. Llegada la noche, mi tío subió al gabinete de Wolfgang para consultarle sobre un detalle administrativo, y hallóle entregado á una violenta agitación, paseando de un lado á otro, como hombre preocupado por una idea fija y enojosa.

—Mi hermano acaba de llegar—dijo el heredero—y por lo pronto encuentro en él esa aversión de familia que nos separa hace largos años. Huberto me odia porque soy rico, mientras que él ha despilfarrado la mayor parte de su patrimonio. Viene aquí animado de las disposiciones más hostiles, cual si yo debiera ser responsable de sus locuras; pero yo ni puedo ni quiero ceder la más mínima parte de mis derechos sobre las rentas del mayorazgo. No obstante, como buen hermano, consentiré en darle la mitad de un

vasto dominio que nuestro padre poseía en Curlandia. Este sacrificio permitirá á Huberto pagar las deudas que ha contraído, aliviando la situación de su esposa y de sus hijos, que sufren hoy las consecuencias de su mala conducta. Pero figúrese usted, amigo mío, que ese demonio ha descubierto, no sé cómo, la existencia del cofre donde están los ciento cincuenta mil ducados que hallamos en el sótano, y pretende obligarme á cederle la mitad de esa suma. Mal rayo me parta si consiento en ello; y si medita algo contra mí, que Dios me libre y haga fracasar sus tentativas.

El abogado no omitió nada para inducir á Wolfgang á considerar la visita de su hermano bajo un aspecto menos odioso; y encargado por el heredero de negociar con Huberto una transacción desempeñó su cometido con la mayor prudencia. Huberto, acosado por sus apuros de dinero, aceptó los ofrecimientos de Wolfgang, poniendo dos condiciones: la primera, que su hermano agregaría á la parte de la herencia un donativo de cuatro mil ducados, los cuales deberían emplearse para pagar á los acreedores más exigentes; y la segunda, que le sería permitido pasar algunos días en el castillo con su querido hermano.

Wolfgang contestó que no podía suscribir á esta última condición, tanto más cuanto que su esposa estaba á punto de llegar; pero ordenó que se entregaran á Huberto las dos mil monedas de oro. Al oír el mensaje del abogado, Huberto frunció el entrecejo y contestó:

—Lo reflexionaré; pero interinamente, estoy ya instalado y no me muevo.

Inútiles fueron los esfuerzos de V*** para vencer su resistencia, pues Huberto no podía resignarse tranquilamente á ver el mayorazgo en poder de un hermano favorecido; aquella ley le parecía injusta y ofensiva; y en cuanto á la generosidad de Wolfgang, considerábalas injuriosas.

—Mi hermano—dijo—me trata como á un pordiosero, y no lo olvidaré jamás; confío en que pronto podrá apreciar las consecuencias de su conducta para conmigo.

Huberto se instaló, según su propósito, en una de las salas del antiguo castillo; todos los días iba á cazar, y á menudo acompañábale Daniel, la única persona, en aquella mansión con quien pareció congeniar. Vivía en un retiro absoluto, y evitaba sobre todo encontrarse con su hermano. No tardó el abogado en concebir algunas sospechas, inspirándole cierta desconfianza Huberto y su vida misteriosa. Una mañana, este último entró en el gabinete de mi tío y anuncióle que había cambiado de modo de pensar, y que estaba dispuesto á marcharse si se le entregaban las dos mil monedas de oro convenidas. Añadió que se iría la noche siguiente, y que como era su intención viajar á caballo, deseaba se le entregara la suma en una letra de cambio contra el banquero Isaac Lazarus, de la ciudad de K..., donde se proponía fijar su residencia.

Esta determinación colmó de alegría á Wolfgang.

—Mi querido hermano—decía al firmar las letras—ha depuesto al fin su hostilidad; y ahora reinará para siempre entre nosotros la buena armonía. Así no contristaré en lo sucesivo esta mansión con su presencia.

Á la mitad de la noche siguiente, mi tío despertó sobresaltado, pareciéndole haber oído un grito de angustia; incorporóse en la cama y escuchó atentamente, pero todo estaba ya silencioso; V***, imaginándose que había soñado, saltó del lecho y asomóse á la ventana para calmar su espíritu, aspirando el aire fresco de la noche. Un momento después vió que la puerta del castillo se abría, rechinando sobre sus enmohecidos goznes; Daniel, provisto de una linterna sorda, sacó de la cuadra un caballo ensillado y lo condujo al patio; y después un hombre, embozado hasta los ojos

con un capote de pieles, salió de las habitaciones del castillo. Era Huberto, quien después de hablar algunos minutos con el mayordomo, haciendo ademanes muy animados, volvió á entrar en la habitación de donde saliera; mientras que Daniel volvía el caballo á la cuadra, cerraba la puerta del castillo y retirábase silenciosamente. El abogado se perdió en conjeturas sobre aquella marcha interrumpida; preguntábase por qué Huberto cambiaba tan pronto de parecer; y si entre éste y Daniel habría algún lazo de complicidad por cualquier crimen ignorado aún. Necesitábase mucha sagacidad é infatigable vigilancia para burlar los malos proyectos que pudieran concebir aquellos dos hombres, de los cuales el mayordomo era ya sospechoso á los ojos de V***. Mi tío pasó el resto de la noche entregado á sus reflexiones; y al rayar el día, cuando trataba de conciliar el sueño, oyó un gran ruido y voces confusas de personas que corrían de una parte á otra; poco después, varios servidores consternados llamaron á su puerta para anunciarle que el barón Wolfgang había desaparecido, sin que se supiera su paradero. Habíase acostado la noche anterior á la hora de costumbre, y después debió salir en bata de su cuarto con el candelero en la mano, porque estos objetos no se hallaban en su habitación en el lugar de siempre.

Poseído de terror, el abogado recordó al punto la escena de que fuera testigo involuntario la noche anterior, y también aquel grito de angustia que le pareció oír. Dominado por los más tristes presentimientos, corrió á la sala de los Caballeros, y vió que la puerta que comunicaba con la torre estaba abierta... Entonces mi tío, señalando con el dedo el abismo de la torre, dijo á los criados, poseídos de horror:

—¡Allí es donde vuestro infeliz amo ha perecido esta noche!...

En efecto, á través de una espesa capa de nieve que